

50

Santiago, Diciembre de 1975.-

Estimado amigo,

al acercarse la Navidad y el Año Nuevo, siento el anhelo y el deber de hacerte llegar, en esta carta privada, algunas reflexiones que contienen el más fraternal de los saludos.

Aunque el acontecer de los tiempos nos haya se-  
parado físicamente, el lazo espiritual que nos une está más vi-  
vo que nunca. Nada ni nadie podrá destruirlo, porque nace de u-  
na misma concepción de la vida y del hombre, de una misma fe,  
de un ideal común.

La nuestra no es una fraternidad superficial de ocasionales compañeros de ruta. Es la de quienes, porque creemos de verdad en la validez permanente y actual del Mensaje de Amor que nos trajo Aquel cuyo nacimiento celebramos estos días, nos hemos comprometido en la tarea de encarnar ese Mensaje en la realidad temporal de nuestra Patria y nuestro mundo.

Por eso tú has luchado, como cada uno de nosotros, con desinterés y abnegación, durante largos años, consagrando tiempo y esfuerzos, sacrificando a la familia, renunciando a expectativas. Hemos querido, sobre todo, vencer a la miseria, la ignorancia y el atraso, derrotar a la injusticia, eliminar el odio y la violencia y construir una Patria buena y solidaria para todos los chilenos.

Y seguimos queriéndolo con todas nuestras fuer-  
zas. ¿Podría ser de otra manera? Porque el "dolor de Chile"  
que ayer nos conmovía, sigue arañándonos la entraña y golpeán-  
donos la conciencia.

¿Podríamos permanecer ahora indiferentes ante las mismas y peores injusticias que las que antes nos indignaban? ¿Ante el hambre de los niños y la desesperación de los cesantes? ¿Ante la penosa insuficiencia de las remuneraciones de los trabajadores, cuyo poder adquisitivo se ha reducido a un tercio del que tenían hace cinco años? ¿Ante la acumulación de la riqueza nacional en pocas manos privadas? ¿Ante el despojo y la desesperanza que aflige a tantos campesinos? ¿Ante la terrible indefensión de quienes padecen arbitrariedades? ¿Ante la supresión indefinida de las libertades personales? ¿Ante el publicitado propósito de hacer permanente el imperio de la fuerza, al margen y con menosprecio de la voluntad del pueblo? ¿Ante el angustioso empequeñecimiento de nuestro Chile, que de ser una de las naciones rectoras en el Continente ha llegado a figurar entre las últimas?

Porque somos chilenos, preocuparnos de todo esto no es solo nuestro derecho; es también nuestro deber. No podemos permanecer con los brazos cruzados mientras la Patria sufre, ni basta para tranquilizar nuestras conciencias el hecho de que sean otros los que han asumido las responsabilidades y se empeñan en excluirnos. Por imperativo patriótico,

no podemos guardarnos en silencio lo que honestamente pensamos.

En el año que viene debe despertar la dormida conciencia cívica de los chilenos. A cada cual corresponde una cuota en esta tarea. Debemos cumplirla, cada uno en su lugar, con la sencillez de la obligación cotidiana, prudente pero firmemente, con la modesta entereza del que actúa con el alma limpia, sin estridencias ni segundas intenciones, sólo al servicio de la verdad y del bien común.

Tres ideas simples y fundamentales deben ser esclarecidas y resplandecer en la mente de todos los chilenos, sobre todo entre quienes detentan hoy la principal responsabilidad frente al porvenir de Chile: no hay grandeza nacional sin paz interna, no hay paz sin justicia, no hay justicia verdadera sin libertad y participación.

Ya lo dijo el Maestro: "toda casa dividida consigo misma será destruida". Mientras se siga manteniendo y avivando la psicosis de guerra entre los chilenos, mientras el trato entre muchos de nosotros no sea el de "compatriotas" sino el de "enemigos", mientras algunos se arroguen el monopolio del "patriotismo", malgastaremos nuestras fuerzas en la destrucción recíproca en vez de sumarlas en la tarea común de construir la Patria. Palabras traen palabras, violencias traen violencias y la historia enseña que por ese camino cada cual debe esperar el pago con su misma moneda, nadie puede estar seguro mucho tiempo de su triunfo y el único vencedor definitivo es el odio.

Si en verdad queremos el progreso de nuestro pueblo y hacer de Chile una patria grande, tenemos que empezar por ser capaces de entendernos y aunarnos entre nosotros. Lo que descarta la absurda idea de eliminarnos, aplastarnos o dominarnos unos a otros y significa por el contrario, la firme voluntad de respetarnos recíprocamente y sacrificar cada cual lo indispensable para vivir en paz, como miembros de una misma familia.

Pero la paz de la vida no es la de los cementerios; no es estática sino dinámica. No bastan el orden, la disciplina y la tranquilidad para que haya paz; es necesario que estas condiciones surjan como consecuencia de la justicia. La paz no excluye las discrepancias ni las luchas, que son expresión natural de la multiplicidad de la vida, y no puede ser impuesta por la coerción que pretenda desconocer esa variedad. Pero, sobre todo, ninguna paz estable puede conseguirse sobre la base de la injusticia. Un orden injusto no es más que una hipocrecía, como "los sepulcros blanqueados" y, por muy sólido que parezca, conduce inevitablemente a la rebelión y a la violencia.

Se equivocan quienes creen que por el libre juego de los egoismos privados puede llegarse a un orden justo; sólo se impondrá la ley de la selva, en provecho de los ricos e inescrupulosos y a costa de los pobres y honestos. La buena fe de quienes trabajan por puro patriotismo será burlada y a la sombra de su sacrificio germinará la iniquidad, comprometiendo



ante la conciencia del pueblo y ante la historia el honor de instituciones consubstanciales con la Patria.

Más aún: no hay justicia sin pleno reconocimiento y vigencia de los derechos humanos. Dondequiera que haya opresión y la verdad sea silenciada, la cizaña de la injusticia se multiplicará impunemente. El anhelo de una sociedad justa y en paz sólo puede lograrse allí donde cada cual, sin temor, pueda plantear sus problemas, decir lo que piensa y participar en el quehacer común. Si es escandaloso que acusan a Chile a este respecto muchos que son culpables de iguales o peores faltas, las culpas ajenas no sanean la mantención entre nosotros de prácticas reñidas con el derecho, que la moral reprueba y que ninguna emergencia puede justificar.

La Navidad y el Año Nuevo evocan la idea de "renovación"; invitan a "nacer de nuevo", a liberarnos de nuestras fallas, romper con el pasado e iniciar una vida mejor. Esto vale tanto en el plano individual como en el colectivo; rige para los pueblos como para las personas. Por eso en estos días cobran especial actualidad los llamados a construir un "Chile nuevo", libre de los vicios y defectos que en los últimos años han afectado a la convivencia nacional.

Para que esos llamados movilicen a la comunidad hacia una nueva vida, han de dirigirse realmente a todos los chilenos e interpretar los anhelos y concepciones comunes. Cualquier intento de imponer al país un modelo que no responda al consenso colectivo, sino sólo a las ideas e intereses de grupos minoritarios, está fatalmente destinado al fracaso. La dolorosa experiencia del pasado gobierno es prueba de ello y debiera servir de lección a los ideólogos que, inspirándose en España, Portugal o Brasil, procuran que se emplee la fuerza para imponer a Chile modelos foráneos, ajenos a la ideología nacional y al querer de nuestro pueblo.

Cuando la mayoría de los chilenos luchamos contra el sectarismo y la violencia marxista-leninista y contra la amenaza de tiranía comunista, no lo hicimos para defender estructuras capitalistas, ni en busca de un modelo de economía de mercado, ni menos en pro de otro régimen político igualmente totalitario, ni para sustituir esos sectarismos y violencias por otros de distinto signo. Luchamos por la libertad, por el derecho del pueblo a decidir libre y democráticamente su destino.

Desde que Chile nació a la vida independiente, afirmó su decisión de gobernarse por sí mismo, es decir, que las metas y caminos del quehacer nacional no le sean impuestas por nadie -desde fuera ni desde dentro- sino que sean fruto del acuerdo colectivo. Así lo sostuvo, en claros textos constitucionales y con la elocuencia de su ejemplo, el Padre de la Patria General Bernardo O'Higgins, señalando una ruta que imprimió sello distintivo a nuestra historia. Nadie puede arrogarse la voluntad de la Nación y el principal esfuerzo de nuestros constituyentes se ha dirigido a plasmar instituciones a través de las

cuales esa voluntad resulte de la libre expresión de las opiniones de todos los chilenos. Por eso es que nuestra historia patria, fundamento del prestigio de Chile en el mundo, es la historia de un constante y progresivo proceso de democratización, en el que dentro de los cauces del derecho, cada vez más grandes sectores de chilenos se han ido incorporando a una participación activa y responsable en la convivencia nacional.

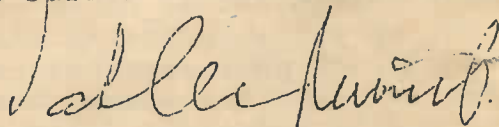
Decir lo anterior no es idealizar el pasado, ni sugerir el retorno a situaciones que la inmensa mayoría del país repudia. Solo es afirmar la necesidad de construir el Chile del futuro sobre los cimientos de las tradiciones democráticas que caracterizan nuestra historia, que suponen la vigencia real de los derechos y libertades naturales del hombre y la autoridad fundada en la voluntad de aquellos a quienes obliga, es decir, del pueblo mismo sobre el cual se ejerce.

Al expresar estas ideas como tema de reflexión individual y colectiva, espero que ellas sean recibidas y difundidas como un aporte constructivo y patriótico para la tarea nacional en el año que se inicia.

Con el corazón unido a aquellos de entre nosotros que más sufren: a Bernardo y Anita -que felizmente se recuperan del criminal atentado de que fueron víctimas-, a los miles de trabajadores que han sido o temen ser privados de su ocupación, de campesinos que están siendo despojados de sus tierras y a todos los que padecen otras formas de persecución o son objeto de injurias o de agravios, renovemos en esta Navidad nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor, e imploremos la fortaleza indispensable para hacer honor a nuestro nombre de cristianos.

Que el ejemplo de tantos que a lo largo de los siglos no han rehuído peligros para dar testimonio de la verdad y el de los propios Pastores que entre nosotros lo hacen en estos días, guíe nuestros pasos en el año que comienza.

Con los mejores votos para ti y tu familia y en nuestra fraternidad de siempre, te saluda cordialmente tu amigo



Patricio Aylwin A.